

A
pp 3/23

I

LA CRISIS DEL CAMPESINADO ANDINO REGIONAL

Lautaro Núñez A.
Universidad de Chile,
Antofagasta-Iquique

Introducción

Este artículo intenta mostrar esquemáticamente la emergencia del campesinado regional y su paso gradual a la actual crisis que ha logrado llamar la atención del gobierno. Ciertamente que aquí tratamos de no repetir varias ideas que quedaron en los acuerdos de la Comisión Nº 1 sobre "Aspectos culturales y sociales del Pueblo Andino". Sin embargo, creemos que a través de nuestra reunión logramos cautelar los valores andinos subrayando una vez más la decisiva participación de los cientistas sociales en la aplicación de proyectos concretos que con miras a aplicar nuevas tecnologías tienden peligrosamente a alterar la compleja estructura socio-económica andina.

Naturalmente que hemos dado forma escrita a una ponencia que más que nada sirvió para abrir debate en relación al rol de la sociedad andina en el proceso de cambios generados por causas externas a sus modos tradicionales de vida (v.g. incorporación de técnicas, creación de focos industriales aledaños, etc). Así visto el problema no ocultamos la intención de plantear abiertamente la crisis andina.

Si bien esta crisis tiene implicancias pan andinas, nosotros nos vemos abocados a definir cuestiones concretas que afectan a la región norte de Chile, en donde se viene gestando un verdadero mo

vimiento de salvataje de los valores andinos susceptibles de integrarlos a la formación social nacional. Es la problemática andina una de las cuestiones sociales que requieren toma de conocimiento con metodologías científicas más que emotivas, a través de una nueva forma de entrever las situaciones de freno al bienestar de las comunidades andinas; esto es, aprender a percibir la problemática a través de la propia imagen de los vencidos (comunidades andinas) sobre la falsa imagen de los vencedores ("investigadores" de modelo urbano) pertenecientes a instituciones e ideales que defienden el actual statu quo, propio de un sistema en donde la ruralidad andina no tiene un rol definido. El profundizamiento de esta nueva metodología antropológica, en el sentido de que todos los hombres son iguales ante la explotación del sistema, es por ahora uno de los desafíos más inquietantes que impone la crisis que nos preocupa. Nuestra incapacidad por comprender el mundo andino poseedor de una fuerza vital, creadora y productiva, de la más amplia definición cultural autóctona no nos deja conocer nuestra actual situación cultural advenediza y costera, impregnada de lo europeo y norteamericano, es decir del colonialismo y capitalismo. Por eso, la crisis de la cultura andina no es otra catástrofe que nuestra propia indefinición socio-cultural y de nuestra propia ambigüedad "occidental" para enraizarnos en lo que realmente somos y no queremos ser. Recuérdese que nuestra mentalidad colonial no en vano fue acuñada por tres siglos de coloniaje español y otros tantos dependientes del capitalismo.

1. Emergencia del desarrollo agropecuario

Quizás si uno de los estudios más atrayentes para el conocimiento de la producción andina lo constituye la emergencia del trabajo agropecuario como fuente predominante de subsistencia. Ciertamente que en términos prehistóricos este acontecimiento gradual a través de un verdadero proceso de agriculturación fue el requisito previo e indispensable para el desarrollo de una sociedad campesina. Este proceso de cambios revolucionarios en donde una nueva economía productora de alimentos desplaza a la vieja economía conservadora de caza-recolección, es una cuestión básica que hemos identificado en la sociedad andina regional. Los hombres en este perfil costa-altiplano iniciaron hacia los 1200 años A.C. una lucha trascendental al lograr estructurar las primeras aldeas destinadas al trabajo agropecuario. La expansión de estas aldeas tempranas tuvo un foco al parecer inicial en el propio altiplano aledaño en especial entre la región del Titicaca al Poopó alcanzando toda la porción occidental que incluye actuales territorios altiplánicos limítrofes.

Las aldeas de esta naturaleza lograron instalarse en determinados enclaves ecológicos del actual norte de Chile como fueron Guatacondo y Caserones en las quebradas de Guatacondo y Tarapacá respectivamente, en un tiempo que va desde fines de la era pasada al comienzo de la nuestra. Posteriormente la expansión de la agricultura en los valles-oasis y altiplano de esta región va a cubrir la totalidad de la tierra utilizable. Las comunidades campesinas del perfil regional lograron éxitos sobresalientes en los cultivos de ají, calabazas, zapallos, algodón y principalmente del maíz, producto que cubre la mayor parte del uso de los suelos, en especial en los valles bajos. En los valles altos y altiplano tanto la quinua como la papa y otras tuberosas conviven con la clave del desarrollo : la masa ganadera ex-cedentaria.

En general, se aprecia en el perfil costa altiplano, una tendencia a la producción ex-cedentaria pre-europea en los diversos pisos ecológicos. Se ajustan originales modelos de organización de la sociedad en múltiples "reinos" que controlan desde el altiplano la producción de pisos costeros hasta la producción exótica de las tierras bajas orientales. Estos "reinos" en techos altos mantenían zonas dependientes o porciones de ecologías diferenciadas bajo un complejo sistema de colonizaciones y prácticas de intercambios. El tamaño de la población de estos reinos nos da la dimensión de la presión demográfica ejercida desde el altiplano agropecuario a los valles bajos exclusivamente agrícolas. El reino Lupaca alcanzaba a la llegada de los primeros españoles la suma alta de 100.000 personas por ocupar la ecología del lago Titicaca con producciones prestigiosas, paralelo a una notable masa ganadera. Lipez era uno de los "reinos" más meridionales que prácticamente limitaba con el norte de Chile, y que siendo muy pequeño logró una suma de 4.000 campesinos Aymaraes, cifra superior a la población pre-europea de los oasis de Pica, y aún de la quebrada de Tarapacá que según las crónicas más tempranas alcanzaba la suma de 2.000 Aymaraes en calidad de fuerza de trabajo. San Pedro de Atacama al parecer no tuvo una población mayor a 2.000 habitantes. En resumen, las grandes densidades altiplánicas parece que efectivamente fueron determinantes para organizar la sociedad con mayorías Aymaras hablantes, que abarcó un universo andino amplio desde la costa a la vertiente de las tierras bajas orientales.

La existencia de los reinos altiplánicos limítrofes con el actual norte de Chile como Lupacas, Pacaxes, Carangas, Chichas, Quillagas, Lipez, nos demuestran que en conjunto con los valles de esta región se conglomeraron densas poblaciones unificadas por siste-

mas socio-políticos controlados por minorías que ejercían poderes en la redistribución de la producción diferenciada, procedente de diversos pisos ecológicos. La producción agropecuaria excedentaria permitió el establecimiento de una notable organización de la comunidad con valores colectivistas y planificación de la redistribución de la producción con resultados tan sorprendentes como que la región andina de Cuzco logró controlar económicamente desde Ecuador al Maule en un imperio "internacional" nunca más logrado en términos de organización de masas campesinas como infraestructura de producción.

Para el efecto regional de este artículo solamente nos basta plantear que la organización social alcanzó aquí una profunda relación entre las comunidades de valles con el altiplano dentro de sistemas políticos comunes de naturaleza Aymara, capaces de planear la canalización de aguas desde los lagos altos hasta pampa del Tamarugal, obra truncada a raíz de la invasión "civilizadora" de los europeos españoles. Esta enorme capacidad colectiva para racionalizar el buen uso de la energía humana, permitió conjuntamente a una tecnología simple y secundaria poner la producción colectiva al servicio de la comunidad, en una marcha progresiva (progreso social) en pleno "desarrollo" de todas las posibilidades infra y superestructurales.

La explosión demográfica que advertimos al final del campesinado pre europeo nos enseña que el triunfo del campesinado andino fue elocuente como consecuencia del control de la producción agropecuaria capaz de crear imperios con categorías de civilización comparables a los mayores desarrollos culturales a nivel mundial. La consecuencia de la revolución campesina no pudo ser de mayor significado. La cada vez creciente jerarquización social en relación al

manejo de la masa campesina llevó al establecimiento regional de verdaderos señoríos u organizaciones en donde una minoría "rica" controlaba grandes "archipiélagos" de comunidades con diferentes estratificaciones, que en el altiplano regional se cuantificaba, por ejemplo con las cantidades de cabezas de ganado, pauta muy importante para medir a ojo de español la riqueza pastoril del fin de la prehistoria.

Efectivamente, cuando los españoles llegan a la región, existían focos de concentración de poder (Arica, Camiña, Tarapacá, Pica, Lasana, San Pedro de Atacama, etc.) en donde las minorías dirigentes, como parte de reinos mayores, establecían el control socio-económico y cultural de cada área en cuestión. Llegaron a existir señores o familias dignatarias en el altiplano que, a juzgar por las descripciones tempranas de los españoles, eran reconocidas como germen de un régimen señorial semi-feudal. La herida causada por la implantación de la economía española y las nuevas pautas culturales cortaron un proceso social riquísimo cuyas consecuencias sin la interferencia europea del siglo XVI pudo haber generado una historia realmente insospechada por su diferencia consistente en relación al modelo europeo de desarrollo.

2. El comienzo de la crisis del campesinado andino regional

La ocupación del sistema español trajo consigo una política colonialista con pautas mercantilistas y de enriquecimiento señorial a través de la acumulación de capitales, valores que en si mismo oponíanse a los valores económicos andinos. Este proceso de "aculturación" produjo cambios irreversibles en la sociedad andina regional, a consecuencias de las tempranas instalaciones aldeanas hispánicas. Prácticamente a fines del siglo XVI están estructura

das las poblaciones de colonos españoles en los valles y oasis bajos, entre 0 a 3.000 mts., en donde la potencialidad agrícola daba lugar a la implantación de cultivos europeos. Ocuparon sectores con excelentes recursos de agua en un ambiente desértico, a través del dominio de facto sobre la tierra indígena. Tempranamente las tierras de los valles de Azapa, Camiña, Camarones, Tarapacá, Pica, San Pedro de Atacama, etc., están señalando que los centros agrícolas indígenas más importantes fueron subdivididos o afincados en manos de la minería española. La implantación de cultivos europeos como la vid y el trigo, son algunos ejemplos del cambio del uso de los suelos que contrajo alteraciones sociales imprevisibles, afectando el trabajo agrario pre-europeo. La destitución de maizales, por ejemplo, en reemplazo de la vid y trigo, naturalmente que contraían cambios que golpeaban sensiblemente la dieta local.

Fue determinante la nueva condición de indios sin tierras como clave básica para crear una masa campesina andina desposeída al servicio de los intereses patronales españoles, incluyendo por cierto la relación de esclavitud. A fines del siglo XIII las minas de Huantajaya se vendían con esclavos incorporados. La tierra indígena comunal creada para defender la integración campesina, tampoco fue respetada. En el siglo XVII son comunes la compra por parte de colonos españoles a los comuneros atraídos por la economía monetaria (son notables las ventas de tierras comunales indígenas en la quebrada de Tarapacá y Pica).

La crisis de mano de obra advertida en la medida que el sistema español se asienta productivamente, significa el alto índice de mortalidad andina generado por epidemias, etc. (1) Esta situa-

(1) Ver demografía de Libros Parroquiales

ción emerge del deterioro del campesinado desprovisto de su organización social original. El etnocidio existió con extinciones de pueblos completos (interior inmediato de Arica), a raíz del carácter de idólatras e infieles ante la cristianización que tendía a afirmar la masa campesina debidamente concientizada al servicio patronal. Pero la solución ofertada por el sistema español con la traída de negros esclavos fue un golpe más a la desintegración del mundo andino que aún se extendía desde el altiplano a la costa. Precisamente en oasis como Pica, llegó un momento en que la población negroide fue superior a la indígena. En valles como Azapa, la población de color llegó a desplazar a densas comunidades andinas que al igual que el resto de la región, tuvieron tres alternativas : integrarse al mestizaje adjuntándose al sistema, extinción o replegamiento a zonas de refugio en donde la explotación española no afectó tan sensiblemente. Las dos primeras posibilidades fueron patrones bien asimilados en la costa y valles bajos, en donde se fundaron los principales asentamientos españoles a raíz de sus intereses mineros y agrícolas de naturaleza europea. Sin embargo, tanto en las cabeceras de los valles y altiplano occidental las condiciones ecológicas y mineras no fueron tan apetecibles para crear verdaderos pueblos o focos de aculturación (entiéndase focos de destrucción del ciclo económico andino). Fuera de las campañas de cristianización con las fundaciones de iglesias para la población de "infieles" no se llevaron a efecto obras civiles de penetración de la explotación española en el antiplano fronterizo. Se fijó así por causas netamente económicas una región de refugio que hasta ahora muestra los remanentes de lo que antes fue la única sociedad campesina capaz de controlar la producción regional.

Otros hechos afectaron localmente el destino del campesinado an
dino. La puesta en marcha de las minas de plata de Huantajaya
y tantos otros recursos metálicos de la región, abrieron una
fuente de trabajo esclavista, una especie de peonaje minero que
desde el siglo XVI al XVIII creó un estancamiento de andinos al
servicio de los intereses señoriales. La documentación para el
Real Asiento de Huantajaya es claramente indicadora de la concentr
tación indígena en una obra de explotación que desbarató la pobl
blación local a través de una migración forzada desde los cen-
tros agrícolas a los trabajos de extracción y elaboración. Si
Huantajaya representa la migración forzada por causales mineras,
podemos encontrar muchas muestras de despoblamiento andino a parti
tir de las exigencias de la minería española. El despoblamiento
de los valles de Arica está dado entre otros factores, por el uso
irracional de la energía humana en el transporte de azogue y en
general, del tráfico establecido desde la costa hasta las minas
de Potosí. La ocupación española en el norte del país casi no
encontró una resistencia indígena, salvo escasas escaramuzas inici
ciales. Sin embargo, la mortalidad indígena en estas zonas aleja
jadas del control burocrático demuestra la campaña del rápido en
riquecimiento señorial (v.g. explotación de la plata) a través
de una política de etnocidio concreta. Los valles y la costa fueron
áreas meztizadas rápidamente sobre la base de la débil poblaci
ción local superviviente. Su incorporación a los puertos inci-
pientes de Arica, Pisagua, Iquique y El Loa, nos enseñan que aquí
se funden los valores andinos con la formación de una nueva clase
se explotada que dará lugar al temprano proletariado costero.

En los valles bajos la permanencia de la agricultura tradicional
y europeizante mantuvo reductos andinos que en buena medida sobrevi
viven hasta hoy, pero bajo la presión de lo que llamamos "aristo-

cracia de valles y oasis" que como parte del universo europeo-español mantenían en cada pueblo una élite dirigente poseedora de la tierra y obviamente de los patrones culturales que "deben" ser asimilados por la masa desposeída.

Aunque no podemos siquiera esquematizar otros factores del des poblamiento andino, queremos terminar diciendo que finiquitado el ciclo de la plata y otros metales apetecibles, a fines del siglo XVIII se inician nuevas aperturas para la colocación de los capitales españoles. En los primeros años del siglo XIX comienza la explotación salitrera, y otros recursos mineros en el Loa, en general cercanos a poblaciones andinas (Santa Rosa, Macaya, Collaguasi, Caracoles, etc.). Se observa que tanto en oficinas salitreras como en torno a la minería metálica referida y no metálica (azufre) la población andina se volcó en una migración violenta que permitió en el siglo XIX contar con un proletariado generado en la masa campesina andina local.

Desde este análisis surge la premisa que la migración andina hacia los focos industriales o simplemente su incorporación a la explotación no tradicional, crea el proletariado temprano sin agotar la población campesina. La disminución de la población campesina implicó la estrechez de la utilización de suelos en áreas altas en donde las condiciones agrícolas son más difíciles de superar por las condiciones ecológicas. Sin embargo, en sectores de agricultura más templada, que coincide con la cercanía a los focos industriales y urbanos (puertos), la falta de mano de obra por migración fue notablemente superada por la presión demográfica ejercida desde el altiplano a los valles bajos. Ciertamente que la mayor población andina de techos altos sirvió para repoblar valles y oasis de la vertiente occidental, contrayen

de una permanente aymarización del Área en tiempos recientes como que hoy la situación poblacional de Arica es imposible enfocarla sin este antecedente dinamizador altiplánico y de valles altos.

3. La situación actual

La crisis de hoy es parte de este proceso de deterioro que arranca desde el siglo XVI. Trataremos de no abundar en la crisis cultural que parece ser clave en la desintegración andina. Sin embargo, es bueno recordar que hasta hoy día no tenemos respuestas para saber qué vamos a entregar en la formación cultural de la nueva sociedad que saldrá de la incorporación de la sociedad andina en el contexto de la comunidad nacional. No tenemos idea del significado de las pautas culturales que funcionan en la estructura social andina, porque los que han buscado crear un aparato de Asuntos Indígenas, se han olvidado que quizás el problema no sea un poco al revés, en el sentido de que se debe buscar un aparato de Asuntos no Indígenas, para establecer primero nuestro propio desarrollo cultural urbano hacia donde converge la migración andina.

Varios hechos sintetizan la crisis regional :

- 1) Desintegración de los valores colectivistas y quiebre de la producción agropecuaria como eje del desarrollo.
- 2) Zonas de refugio al borde de romper sus aislamientos dando lugar a las alteraciones de viejos modos de vida, que bien conservados podrían servir como modelos reajustados al servicio de la nueva sociedad andina (altiplano de Iquique). Zonas abiertas afectadas por el proceso de aculturación (léase destrucción) que permiten la formación del mestizaje con pérdida de los valores tradicionales (Calama).

- 3) Migración acelerada irracional hacia centros urbanos (Iquique, Arica, Calama).
- 4) Migración irracional a focos mineros industriales que tienden a adosarse a las poblaciones andinas creando despoblamientos caóticos (Chuquicamata).
- 5) Identificación de zonas sensibles para el desequilibrio demográfico por la futura puesta en marcha de complejos minero-industriales (El Laco en relación a las poblaciones del oriente del Salar de Atacama).
- 6) Proliferación de fuentes de trabajo que enajenan con valores foráneos la mentalidad andina, implicando el abandono del trabajo agropecuario, que junto con ser la base económica de la sociedad, proveen de alimentos y materias primas a poblaciones implantadas en el desierto más drástico del mundo.

Podríamos seguir con una larguísima lista que incluye el deterioro del campesinado andino : micro-minifundio, imposición de monolingüismo, exigencias burocráticas fuera del radio de acción andino con traslados a centros urbanos por causales discriminatorias, acciones segregacionistas, educación deformada por el modelo urbano, falta de orientación entre los emigrantes establecidos en los centros urbanos, etc.

Sin embargo, sólo queremos tocar la alarma general, que esta crisis nos podrá arrastrar a un despoblamiento andino de tal gravedad, que en determinados enclaves agropecuarios la mano de obra tradicional portadora de esta rica tradición con una verdadera "praxis" rural, entrará en un déficit definitivo. Es indudable que lograremos gradualmente una masa proletariada generada en la

desintegración del campesinado. Tendremos una clase mas bien conformada, pero a costa del déficit de población andina; por ahora resulta difícil repoblar regiones agrícolas tradicionales, no se puede calificar rápidamente la incorporación de mano de obra intrusiva. En este sentido será relativamente fácil aumentar los contingentes obreros en los focos productivos aledaños a las poblaciones andinas, pero será bien complicado repoblar áreas campesinas con mano de obra no andina. Este es quizás un problema que aunque parece lejano, deberá ser estudiado con cierta seriedad. Ciertas cifras pueden llamar la atención :

ALGUNAS ALDEAS DEL RIO LOA Y AFLUENTES
INCLUYENDO OASIS DE ATACAMA

	Censo 1907	Censo 1970
Chiuchiu	328	148
Río Grande	61	57
Sn. Pedro de Atacama	1,308	392

Esta tendencia a disminuir la población, aunque no está bien cuantificada, porque los censos no pueden ser bien lo que la práctica nos enseña cuando vemos el despoblamiento real. La juventud emigra con una fuerza cada vez mas acentuada; pueblos casi enteros como Escapiña en el altiplano del interior de Iquique, se encuentran emigrados ahora en Pozo Almonte e Iquique. En Chiuchiu cerca de Calama, se ha formado un verdadero pueblo "espera" en donde se radican familias llegadas de múltiples oasis retirados; están efectivamente a la espera de "saltar" a

Calama y Chuquicamata. Para Arica es fácil pensar que el proceso de aymarización despuebla irreversiblemente otros centros al tiplánicos y de valles altos.

Para aldeas mas al norte, el panorama comparativo ofrece el siguiente cuadro :

	Censo 1907	Censo 1960
Cariquima	263	
Huaviña	109	118
Macaya	117	76
Mocha	150	158
Pachica	128	72
Sibaya	150	160
Tarapacá	704	130

La tendencia también marca un despoblamiento que ha permitido hechos tan significativos como la reciente reactivación de los caudales en ríos afectados por sequías (Tarapacá), que sorprendió a los asentamientos sin campesinos. La emigración produjo casi un abandono de la quebrada en su tramo inferior y a pesar de que ahora hay agua de regadío y predios disponibles, la falta de campesinos ha mostrado un adelanto de futuras situaciones que de no preverlas a tiempo podrán evidenciar resultados lamentables. Ciertamente que cualquiera actitud campesina que incida en el abandono del trabajo agropecuario en esta región desértica debe implicar un estudio concreto. No podemos permitir, por ejemplo, que una comunidad entera se dedique a la artesanía en desmedro de la pro

ducción agropecuaria local, amparados por mayores ganancias (valores capitalistas). La búsqueda de un balance adecuado entre la artesanía tradicional y el trabajo agropecuario no solamente es indispensable sino que ambas estrategias de desarrollo deben ser de ejecución recíproca.

Así podemos llegar a una cuestión andina singular, es decir, a las sugerencias sobre la dimensión social. Habíamos dicho que fuera de las alteraciones resumidas, debemos abordar dos cuestiones que guardan especial interés para el destino de las actuales zonas de transición "abiertas" y "refugios". Se trata de la posibilidad de tecnificar el área andina (v. g. incorporación de tractores, etc., aunque este implemento lo utilizamos como una simbología del cambio técnico) y por otro lado, la alteración que contraerá la apertura de focos minero-industriales de nivelación nacional como lo es por ejemplo, el proyecto de CORFO sobre el Salar de Atacama (potasio) en donde los propios técnicos reconocen el inmediato despoblamiento de Peine y Toconao.

Las respuestas que daremos no podrían asustar demasiado. La propia historia andina nos enseña que el cambio técnico puede inducirse y asimilarse hasta transformarse en un valor andino; una especie de andinización de tecnologías foráneas. Recuérdese que la pólvora, tremendo y contundente rasgo de cambio tecnológico, fue nostrado por los españoles en sus etnocidios tempranos de corte ideológico, y mas tarde en la explotación minera. Los hombres andinos rápidamente la controlaron y lograron fabricarla a su amaño, incluso incorporándola a sus ceremonias. Sobre el peligro inminente de la creación de grandes focos mineros adjunto a los centros agropecuarios, existen también respuestas que asuntan poco. Macaya, al interior de Iquique, es uno de los pocs

pueblos agro-mineros y sus gentes de importantes tradiciones andinas nos enseñan que es posible combinar el trabajo agrícola con la minería. Hay un potencial no sospechado de origen pre-europeo para el desarrollo de una explotación dual en donde los valores comunitarios andinos se extienden sobre los valores de la economía foránea. El equilibrio entre estos dos rubros puede ser de indudable atracción para los especialistas en estas materias, sobre todo si los estudiosos logran comprender de este artículo lo que nos parece fundamental: los técnicos no tienen por qué captar la dimensión social de sus proyectos; son los científicos sociales los que deberán medir las consecuencias antropológicas del cambio. Sobre esto parece oportuno destacar que la ciencia social burguesa ha tendido a lotear parcelas del conocimiento a diversas "escuelas" creadas por el statu-quo capitalista: sociología, antropología, psicología social, geografía humana, asistencia social, etc. En el fondo todas estas "construcciones sociales" han creado sus propias antropometrias con serias y cuantificadas metodologías-estancos. Sin embargo, algo hay que hacer para demostrar que la problemática del hombre es igual a otro hombre, sea de "minoría" o de "mayoría" en la medida que es parte de un sistema que lo explota en mas o en menos, pero con una acción irreversible. ¿Qué nombre darle a los científicos sociales que accedan a integrar las metodologías para el estudio de los explotados del mundo colonial? Ya con tantas traslomadas podemos concretar algo más sobre la situación crítica actual.

La solución al problema andino regional ha tenido múltiples intentos generalmente de "buena voluntad", para buscar soluciones que favorezcan a los "pobres indiecitos". Prácticamente no existe ninguna institución que no haya intentado alguna acción paternalista entre los pueblos del interior: Rotary, Leones, Ejército, Escuelas, Misiones Médicas, Antropólogos, Profesores Primarios, Plan

Cordillera, Plan Andino, C3rritas Chile, Misión Evang3lica, Ex-Chile Exploration, CORFO, SERCOTEC, Intendencia, Universidades, etc. Podría arrumarse una larga y ex3tica lista de "ayudas" a los pueblos andinos del norte del pa3s, pero con escas3simas excepciones todas han ca3do en el esquema colonialista de protecci3n. Parece que a3n no se ve bien la capacidad de estos remanentes campesinos para sobrevivir en un medio andino de dif3cil adaptaci3n, en calidad de herederos del choque cultural mas dram3tico que haya vivido la historia de Am3rica. Toda esta "ayuda" es percibida desde adentro de la comunidad como la continuidad de la pol3tica de despojo. Ciertamente que los focos urbanos actuales son en 3ltima instancia el lugar desde donde dependen; porque hay que andarse con cuidado con esto de ayudar a las comunidades andinas. Es f3cil crear complejas implementaciones econ3micas para su "progreso" que suelen establecer relaciones de sometimiento y de mayor dependencia. ¿Qu3 diferencia existe entre el proveedor de semillas o materias primas de hoy con el mercader espa3ol? ¿De qui3n dependen m3s? En su gran mayor3a las "ayudas" tienden a darse a estos escasos pobladores que a pesar de producir para la formaci3n nacional no tienen una calidad social similar a los obreros del salitre, por ejemplo.

A3n no podemos entender el criterio francamente segregacionista que ha marginado a la poblaci3n andina. Siempre surge la pregunta : ¿Para cu3ntos planificamos? y las cifras censales son usadas con arte de magia, por cuanto para censar una comunidad andina con sus t3picos desplazamientos horizontales y verticales, se deber3a marcar un n3mero en cada poblador. Aunque los censos no reflejan la real poblaci3n, hay una marcada tendencia por minimizar el problema andino a ra3z de la falta de expansiones demogr3ficas. Sin embargo, por aportes entregados al mestizaje local no pasar3n inadvertidos en focos urbanos como Calama; adem3s, la poblaci3n andina es esencialmente internacionalista o mejor panandina, con nota-

bles valores co-tradicionales. Creer que las fronteras políticas cierran la comunicación andina es caer en un simplismo demográfico, es como creer que la sociedad que nos preocupa se mantendrá estática y marginada de los procesos de cambios revolucionarios en tránsito a la sociedad socialista; por cierto, dentro de sus marcos "internacionalistas" y de sus propios modelos colectivistas.

Desde los pueblos agrícolas del valle de Lluta (Arica) hasta Tilomonte (último oasis al sur de la provincia de Antofagasta), existe una masa campesina en constante proceso de cambios por las Fricciones rurales-urbanas, que implican una tipología variada de niveles de mayor o menor alteración de la estructura agraria tradicional, pero todos están unidos por algo común : conservación de la economía agropecuaria en la macroregión desértica más estéril de América del Sur, con una marginalidad rural doblemente más crítica que la urbana.

Aunque el censo de 1960 es viejo y al agricultor andino es difícil contabilizarlo por su especial dinámica, existen en el norte agrario de Chile, diversos pisos ecológicos productivos con sus poblaciones agrarias respectivas :

<u>Mts. s.n.m.</u>	<u>Habitantes</u>
0 a 2.000 (valles)	7.622
2.000 a 3.500 (valles)	6.396
3.500 a 3.700 (valles)	1.176
3.700 a 5.000 (altiplano)	3.100
2.400 a 4.010 (oasis altos del Desierto de Atacama)	1.991
TOTAL :	20.285

Si juzgamos que son 20.285 personas las que sobreviven de la agricultura tradicional entre las Provincias de Tarapacá y Antofagasta, vemos con cierta sospecha que la falta de una política de desarrollo siempre ausente, debiera reactivarse por varias razones: una de ellas, porque estamos en presencia de una fuerza de producción campesina minoritaria dentro del contexto productivo regional, pero que entrega fuentes de abastecimiento en el desierto más absoluto del mundo. Hay pues, una abierta contradicción entre una masa campesina que entrega alimentación (y otros rubros no industriales) a las masas de trabajadores industriales, sin recibir hasta ahora una planificación regional que les racionalice tanto las relaciones de producción como su participación en los destinos de la región y el país. Esta agricultura tradicional, pese a todo, sigue manteniendo como fuente estable de trabajo a 18.000 campesinos de origen andino, marginalizados por la "cortina urbana e industrial" que les separa como "etnia" diferente cuando son parte integral del campesinado nacional con todas sus complejidades y luchas cotidianas por la producción de la tierra. Desgraciadamente, ahora la atracción urbana ha sido lógicamente más fuerte que la falta de una política apoyada en un plan de antropología no aplicado a la región. Los jóvenes generados en los valles y oasis tienen ideales ya entremezclados con los "valores" urbanos; se descuelgan desde el altiplano en una verdadera carrera por alcanzar la ciudad, en donde pasan a formar parte de la mano de obra descalificada; se establecen como micro-comerciantes, se enajenan con el "nuevo mundo" de la ciudad hasta caer en el lumpen urbano; sus aspiraciones de incorporarse a los focos industriales contraen frustraciones y el fantasma de sus tierras les persigue en la urbe. En suma, de productores de alimentos pasan a ser grupos parasitarios, pero "ciudadanos" incorporados a la marginalidad urbana. Sólo cuando este cuadro está "visible" en la ciudad, las autoridades pasan a reflexionar sobre la gravedad de la fricción rural-urbana, aplicando me

didas que ciertamente son urbanas, sin interpretar que el problema medular está en la propia comunidad agraria, y la falta de apoyo para superar los niveles de subsistencia en algunos casos e incrementar los excedentes, en otros. De otro modo, nada se hace para evitar el transplante hacia lo urbano, ni tampoco se dan las bases concretas para unir a las nuevas generaciones de jóvenes hacia la producción agropecuaria.

En el fondo, la crisis que planteamos es la destrucción de una sociedad no occidental con profundos valores culturales que bajo el efecto de la colonialización perdió su independencia socio-cultural, que aspiramos ahora a revitalizar para darle un lugar concreto en la lucha contra la explotación. Esta alteración por cierto que ha sido diferente según sea la calidad del área adecuada o no para el refugio ante el sistema perturbador. Sin embargo, todas las comunidades de la región tienen algo en común : su disociación y tendencia a incorporarse al modelo nacional de vida. Pero, ¿qué más hay en el aparente ideal de no querer ser lo que son ? Por ahora sólo podemos decir que aspiran a reivindicar varios aspectos tremendamente positivos de su sociedad, que ocultan entre las manifestaciones que calculadamente emiten para "incorporarse" a la "civilización". Es realmente una lástima que la actual "civilización" urbana-costera no haya asimilado la organización del trabajo "voluntario andino"; es un buen ejemplo del criterio etnocentrista que desecha una praxis regional por no ser conocida o por ser aparentemente extraña al ideal de vida urbano.

Pero, que no se piense que aspiramos a tener al hombre andino como en un insectario o pieza de museo de sitio. Hay que tener especial cuidado de no caer en un romanticismo propio de una antropología pequeño-burguesa, en donde no se consideran problemas concretos. Hay que buscar posturas que constantemente nos alejen de la antropología

burguesa-europea adecuada a la penetración colonialista, o a las tácticas norteamericanas que incluso han obviado la complejidad de este problema bajo el término de "reservaciones" con indígenas que aprenden del capitalismo las ofertas succulentas a precio de la segregación racial. Por otro lado, la desesperación de ver una velocidad sorprendente en la destrucción del mundo indígena ha llevado a distinguidos estudiosos a creer en los llamados "Estados Indios". Otros han abogado por la solución federalista. Se piensa que tras la búsqueda de la autodeterminación de una posible nación Aymara se podría organizar un pueblo con lengua y culturas afines. Pero todos estos enfoques son sectorialistas, nacen y mueren con el análisis de la sociedad andina, como si esta sociedad se explicara en sí misma y no dentro del contexto de fricción con sociedades nacionales de estructuras diferentes, pero enfrentadas y co-existentes, dentro de similares sistemas de explotación.

Por otro lado, hay también una tendencia a describir a estos pueblos como relictos de "viejos" sistemas sociales, con criterios no comprometidos, como una especie de ciencia por la ciencia, por cierto al servicio de instituciones que defienden el statu-quo. Hay más formas erradas de entrever el problema andino; pero lo medular radica en plantear que toda implementación social al desarrollo andino regional debe estar dirigido a una masa oprimida y explotada, mucho más dependiente de lo esperado a consecuencias de la situación de aislamiento, paralelo al atraso económico implantado por el propio sistema y no por las condiciones socio-culturales del mundo andino.

Siempre hemos planteado que la crisis andina podrá ser analizada con otro carácter una vez que las relaciones entre lo rural y urbano tiendan a transformarse por el abandono del modo de producción

capitalista, pues ¿cómo podremos ahora pensar que la solución radica en la pronta incorporación a nuestra sociedad, si la reconocemos plena de deformaciones y vicios sedimentados por el viejo capitalismo punzado recién por la etapa de transición en que vivimos? ¿qué sacamos con dar prosperidad y desarrollo al mundo andino, si la minoría capitalista, a través de sus ejércitos de industriales y comerciantes se fagocitarán este proceso social? No obstante, también sería un profundo error creer en el simplismo de que necesitamos destruir el modo de producción capitalista para recién iniciar una evaluación concreta de la problemática andina; en ningún caso la política de aniquilar con la explotación indígena debe darse en todos los frentes, en todos los sistemas. No en vano Stalin se preocupó preferentemente de las minorías étnicas, con un modelo de solución que, pese a los viejos marxistas latinoamericanos, no tiene cabida en la realidad andina.

Tampoco creemos que bastan los modelos teóricos para ayudar a resolver la problemática andina regional. Quizás varias soluciones están entre los propios campesinos esterilizados por el sistema "invasor"; partiendo de algunas variables de acciones concretas se deberá intentar "cambiar" el mundo andino para asegurar su reactivación y su emergencia como clase dentro del contexto de la formación nacional. En el fondo, no hay una zona de refugio permanente. La incorporación del hombre andino es irreversible, pero lo terrible sería adjuntarlos a pautas ajenas a su mundo, sin medir, rescatar y difundir innumerables valores tradicionales capaces de definir nuestra personalidad américo-andina: construir con la sociedad andina una posición de clase sin perder su patrimonio cultural o supraestructural. Es menester intentar no separarla de los conflictos y confrontaciones ocurrentes en la sociedad nacional. Véase, por ejemplo, que lo que nosotros aceptamos como pauta cultural

lógica y coherente para la sociedad andina puede ser absolutamente opuesto; lo que para nosotros es un cambio extraordinario para el desarrollo del campesinado andino, para ellos ese cambio es rechazado por perturbador. Con razón Mao lo escribe : "Sucede con frecuencia que, objetivamente, las masas necesitan un cambio determinado, pero que subjetivamente, no tienen todavía conciencia de esa necesidad y no están dispuestas o decididas a realizarlo. En tales circunstancias debemos esperar con paciencia; no debemos realizar el cambio hasta que, por efecto de nuestro trabajo, la mayor parte de las masas hayan adquirido conciencia de la necesidad de ese cambio y tengan el deseo y la decisión de hacerlo" (1).

Claro está que cuando Mao escribía esto ya había conducido la revolución China; el ataque frontal al capitalismo se había logrado y naturalmente que las relaciones con la ruralidad se dieron en nuevas categorías, en orden a los intereses de la instauración socialista.

(1) Mao Tse Tung : "Citas del Presidente Mao". Pekín, 1966.